

CAPÍTULO VI

PEQUEÑA INDUSTRIA Y PUEBLOS INDUSTRIALES

Industria y agricultura.—La pequeña industria.—Tipos diferentes.—*Pequeña industria en la Gran Bretaña*: Sheffield: Distrito del Lago; Birmingham.—*Pequeña industria en Francia*: Tejido y otras varias.—La región de Lyon.—París, emporio de la pequeña industria.

Las dos artes hermanas, agricultura é industria, no se han hallado siempre tan alejadas una de otra como ahora. Hubo un tiempo, que no se encuentra muy distante de nosotros, en que ambas estaban completamente combinadas: los pueblos eran entonces el asiento de una variedad de industrias; los artesanos de las ciudades no abandonaban la agricultura, y en muchas poblaciones se veían las dos perfectamente asociadas. Si la ciudad de la Edad Media fue la cuna de esas industrias que, tocando los límites del arte, tenían por objeto satisfacer las necesidades de las clases ricas, siempre era la industria rural la que hacía frente á las necesidades de los más, como ha sucedido hasta nuestros días en Rusia, y también en una gran extensión en Alemania y Francia; después vinieron los motores hidráulicos, el vapor, el desarrollo de la maquinaria, y se rompieron los lazos que anteriormente unían el taller y la granja. Las fábricas

cas crecieron, y abandonaron los campos; se reunieron allí donde la venta de sus productos era más fácil, ó donde las primeras materias y el combustible podían obtenerse con mayor ventaja.

Se erigieron nuevas ciudades, y las antiguas se ensancharon rápidamente, quedándose los campos desiertos; millones de trabajadores, arrojados materialmente de la tierra por la fuerza, acudieron á las ciudades en busca de trabajo, y olvidaron pronto los lazos que anteriormente les unían al terruño; y nosotros, desvanecidos ante los prodigios realizados por el nuevo sistema industrial, dejamos de apreciar las ventajas del antiguo, bajo el cual, el trabajador del campo era al mismo tiempo un obrero industrial. Nosotros condenamos á muerte todas esas ramas de la industria que antes prosperaban en los pueblos pequeños, no considerando como tal todo lo que no fuera una gran fábrica.

Los resultados, en verdad, fueron grandes con relación al aumento de las fuerzas productivas del hombre, pero terribles respecto á los millones de seres humanos que fueron sumidos en la miseria, teniendo que vivir de los medios precarios que le ofrecían nuestras ciudades; además, el sistema, considerado en su totalidad, trajo consigo esas condiciones anormales que he procurado bosquejar en los dos primeros capítulos. De este modo nos hallamos encerrados en un callejón sin salida; y mientras que de una parte un cambio completo de las presentes relaciones entre el capital y el trabajo se hace de imperiosa necesidad, una remodelación completa de toda nuestra organización industrial se ha hecho igualmente inevitable. Las naciones industriales están obligadas á retornar á la agricultura, necesitan buscar los mejores medios de combinarla con la industria, y deben hacerlo así sin pérdida de tiempo.

El examen de la cuestión particular respecto á la posibilidad de semejante combinación, es la aspiración de las siguientes páginas: ¿Es posible en cuanto se refiere al orden técnico? ¿Es conveniente? ¿Hay en nuestra presente vida industrial algunos rasgos que nos permitan presumir que un cambio en la dirección indicada encontraría los elementos necesarios para su realización? Tales son las interrogaciones que se producen en nuestra mente; y para contestarlas, creo no hay nada mejor que estudiar la rama inmensa, aunque menospreciada y desatendida, de industrias descritas con los nombres de rurales, industrias domésticas y pequeña industria; estudiarlas, no en las obras de los economistas, quienes se hallan demasiado inclinados á considerarlas como tipos aislados de industria, sino en su propia vida, en sus luchas, en sus fracasos y en sus éxitos.

La variedad de formas de organización que prevalece en las industrias pequeñas no es ni remotamente sospechada por aquellos que no han hecho de su estudio un objeto especial. Hay, en primer lugar, dos importantes categorías: la de las industrias que se mantienen en los pueblos relacionadas con la agricultura, y la de las que viven en poblaciones grandes y pequeñas sin conexión alguna con aquélla, contando únicamente los trabajadores para su sostenimiento con su trabajo industrial.

En Rusia, en Francia, en Alemania, en Austria y en los demás países que se llaman civilizados, millones y millones de trabajadores se encuentran en el primer caso: en terrenos propios ó arrendados tienen una ó dos vacas, á menudo caballos, y cultivan sus campos ó sus huertas, considerando el trabajo industrial perfectamente compatible con el agrario: en aquellas regiones, sobre todo donde el invierno es largo y no es posible trabajar en el campo durante varios meses en el año, esta forma de la

pequeña industria se halla muy extendida. En este país, por el contrario, encontramos el sistema opuesto: pocas pequeñas industrias viven todavía en Inglaterra relacionadas con el cultivo de la tierra; pero centenares de industrias pequeñas tienen su asiento en los barrios pobres de las grandes ciudades, y partes importantes de algunas poblaciones, tales como Sheffield y Birmingham, se buscan la vida con una variedad de industrias pequeñas. Entre estos dos extremos hay evidentemente un sin fin de formas intermedias, según sean mayores ó menores los lazos que unen el trabajador á la tierra: pueblos pequeños, y aun grandes, están habitados por trabajadores que se ocupan en pequeñas industrias. Los más tienen un huerto, una pequeña arboleda, un campo ó algún derecho de pasto en los terrenos comunales, en tanto que una parte de los mismos vive exclusivamente de sus trabajos industriales.

Respecto á la venta de los productos, la pequeña industria ofrece la misma variedad de organización. Aquí hay también dos ramas principales: en una, el trabajador vende su producto directamente al comerciante al por mayor; los ebanistas y parte de los que trabajan en la industria de juguetes se hallan en este caso: en la otra, el obrero trabaja para un «maestro», quien, ó bien vende el producto á un comerciante al por mayor, ó simplemente actúa como un intermediario, limitado á cumplir las órdenes que recibe de alguna firma de importancia.

Este es, hablando con propiedad, el llamado «sistema del sudor», bajo el cual encontramos un gran número de pequeñas industrias, tales como parte de la de juguetes, la de los sastres que trabajan para los grandes establecimientos de confección, y muy á menudo para los del Estado; las mujeres que cosen y bordan el «aparado»

para las fábricas de calzado, y que, por lo general, no hallan en la fábrica más que un intermediario de la explotación, y así sucesivamente. Todas las gradaciones posibles de feudalismo y subfeudalismo se hallan evidentemente en esa organización de la venta de los productos.

Además, cuando se considera el aspecto industrial, ó mejor dicho, el técnico de las pequeñas industrias, pronto se descubre la misma variedad de tipos. Aquí también se encuentran dos grandes ramas: de una parte, esas industrias que son puramente domésticas, es decir, las que funcionan en la casa del obrero, con ayuda de la familia ó de un par de trabajadores á jornal; y de la otra, las que están constituídas en talleres separados. Encontrándose en estas dos ramas todas las variedades antes mencionadas, respecto á las relaciones del trabajador con la tierra y á los distintos medios de disponer de los productos. Todas las industrias posibles, tejedores, trabajadores en madera, en metales, en hueso, en goma elástica y en otras muchas cosas, pueden encontrarse comprendidas en la categoría de industrias puramente domésticas, con todas las gradaciones posibles entre esta forma de producción y el taller y la fábrica.

Así, al lado de las industrias que se ejercen por completo en la casa por uno ó varios miembros de la familia, hay aquellas en que el maestro tiene un pequeño taller en su misma casa ó unido á ella, en donde trabaja con su familia ó con algunos oficiales ó peones á jornal. O bien el artesano tiene un taller por separado y dispone de algún motor, como ocurre con los cuchilleros de Sheffield; ó varios obreros se reúnen en una fábrica pequeña que sostienen ó alquilan asociados, ó sólo pueden trabajar en ella mediante una renta semanal: y en todos estos casos trabajan, ya directamente para el negociante, ó bien para un maestro, ó para algún intermediario. Un

desenvolvimiento aún mayor de este sistema se halla en la gran fábrica, especialmente de ropa hecha, en la cual centenares de mujeres pagan un tributo por la máquina de coser, el gas, las planchas calentadas con gas, y así sucesivamente; y reciben una cantidad determinada por cada pieza ó parte de ella terminada. En Inglaterra hay inmensas fábricas de esta clase, y aparece, según testimonios presentados ante la «Comisión Investigadora», que las mujeres son terriblemente explotadas en tales talleres, en los que se les deduce de su reducido jornal á destajo el precio total de cualquier pieza que haya sufrido el menor deterioro; y, finalmente, existe el pequeño taller, á menudo con algún motor alquilado, en el cual un maestro tiene de tres á diez obreros, á quienes paga un jornal, vendiendo el género producido á otro maestro de más importancia ó comerciante, habiendo toda clase de gradaciones posibles entre esos talleres y las pequeñas fábricas, en que trabajan de cinco á veinte personas á jornal por cuenta de un productor independiente. Además, en la industria textil el tejido se hace con frecuencia, bien por la familia, ó por un maestro que emplea sólo un muchacho, ó varios tejedores, y que después de haber recibido el hilo de otro industrial mayor, paga á un tejedor hábil para que lo ponga en el telar; inventa lo que se necesita para tejer un modelo muy complicado; y después de haber tejido la tela ó la cinta en su propio telar ó uno alquilado por él, se le paga la pieza de tela según una escala muy complicada de salarios, en la que de antemano han convenido patronos y obreros. Esta última forma, como pronto veremos, está muy extendida hasta en nuestros días, especialmente en las industrias de lana y seda, existiendo al lado de esas grandes fábricas en las que 50, 100 ó 5.000 asalariados, según el caso sea, trabajan con las máquinas del patrón y se les paga

por jornadas de trabajo, ya sea diaria ó semanalmente.

La pequeña industria es así todo un mundo que, cosa singular, continúa existiendo aun en los países más industriales, al lado mismo de las grandes fábricas. En este mundo debemos ahora penetrar para echar sobre él una mirada, una mirada sólo, porque se necesitarían volúmenes para describir sus innumerables variedades de fundamento y organización, así como sus infinitamente diversas conexiones con la agricultura y otras industrias.

La mayor parte de las pequeñas industrias, excepto algunas de aquellas que se hallan relacionadas con la agricultura, están, debemos admitirlo, en una posición bien precaria. Lo que se gana es muy poco, y con frecuencia el trabajo es inseguro; la jornada es dos, tres y hasta cuatro horas más larga que en las fábricas bien organizadas, y en ciertas estaciones alcanza una extensión verdaderamente increíble; en ellas, las crisis son frecuentes y duran años enteros; el trabajador está más á merced del traficante ó del patrón, quien á su vez se encuentra dominado por el comerciante al por mayor: ambos se encuentran en peligro de verse esclavizados por el último al convertirse en sus deudores.

En algunas de las pequeñas industrias, especialmente en la fabricación de textiles sencillos, los trabajadores se hallan en una espantosa situación; pero los que pretenden que semejante miseria es la regla general, están totalmente equivocados. Cualquiera que haya vivido, supongamos, entre los relojeros de Suiza, y conozca su vida privada, reconocerá que la situación de esos trabajadores es por todos conceptos, y sin comparación,

material y moralmente superior á la de millones de obreros empleados en las fábricas. Aun en tiempos de las grandes crisis en esa industria, como la que se atravesó desde 1876 al 80, su condición era preferible á la de los asalariados de las fábricas durante una crisis en la industria lanera ó algodонера, cosa que saben muy bien los mismos obreros.

Siempre que una crisis estalla en alguna rama de la pequeña industria, no faltan escritores que anuncien su próxima desaparición. Durante la crisis que presencié en 1877 entre los relojeros suizos, la imposibilidad de la vuelta á la normalidad ante la competencia que hacían los relojes hechos á máquina, era el tema favorito de la prensa; y otro tanto se dijo en 1882 con relación á la industria de la seda en Lyon, ocurriendo lo mismo cada vez que ha surgido una crisis en la pequeña industria. Y, sin embargo, á pesar de esas sombrías predicciones y del porvenir más obscuro todavía de los trabajadores, esa forma de industria no ha desaparecido; por el contrario, la vemos dotada de una sorprendente vitalidad; sufre varias modificaciones, se adapta á condiciones nuevas, lucha sin perder las esperanzas en que vendrán tiempos mejores. De cualquier modo que se la considere, no se notan en ella los rasgos característicos de una institución decadente.

En algunas industrias la fábrica sale indudablemente victoriosa; pero hay otras ramas en las que la pequeña industria se mantiene firme: hasta en la industria textil, que tantas ventajas ofrece al sistema de fábricas, el telar de mano compite todavía con el mecánico.

En general, la transformación de las industrias pequeñas en grandes industrias, marcha con una lentitud que no puede por menos de admirar aun á aquellos que están convencidos de su necesidad; y aun hay casos en

que vemos suceder lo contrario, claro es que raras veces y sólo por un tiempo determinado. No puedo olvidar el asombro que me causó ver en Verviers, hará unos veinte años, que la mayor parte de las fábricas de tejidos de lana—inmensas barracas, con más de cien ventanas cada una, dando frente á la calle—estaban paradas, y su costosa maquinaria se enmohecía mientras se tejía, en casa de los tejedores, en telares de mano para los propietarios de esas mismas fábricas.

Esto, por supuesto, no es más que un hecho momentáneo, explicado suficientemente por el carácter espasmódico de la industria y las grandes pérdidas que experimentan los dueños de las fábricas cuando no pueden hacer que trabajen éstas todo el año; pero sirve para ilustrar los obstáculos con que tiene que luchar la transformación. Respecto á la industria de la seda, sigue extendiéndose por Europa en su forma de industria rural, en tanto que centenares de pequeñas industrias nuevas aparecen todos los años, y cuando no encuentran quien las apadrine en los pueblos pequeños—como sucede en este país—buscan el abrigo de los suburbios de las grandes ciudades, cosa que hemos podido conocer recientemente por la investigación hecha del llamado «sistema del sudcr».

Ahora bien: las ventajas que ofrece una gran fábrica en comparación con el trabajo manual, son bien evidentes respecto á la economía de trabajo, y especialmente por las facilidades, tanto para la venta como para obtener la primera materia á precios más arreglados. Pero entonces, ¿cómo se explica la persistencia de la pequeña industria? Muchas causas, sin embargo, cuya mayor parte no pueden valorarse económicamente, influyen en su favor, las cuales podrán ser mejor apreciadas mediante las ilustraciones siguientes. Debo manifestar, no

obstante, que hasta un ligero bosquejo de las innumerables industrias que existen en pequeña escala en este país y en el continente, traspasaría, con mucho, los límites de este capítulo.

Cuando empecé á estudiar el asunto, hará unos quince años, jamás sospeché, debido á la poca atención que le prestaban los economistas ortodoxos, lo amplio, complejo, importante é interesante de la organización, que resultaría como consecuencia de una investigación minuciosa; por cuyo motivo me veo obligado á no dar aquí más que algunas ilustraciones típicas, indicando tan sólo las líneas generales de la cuestión.

La pequeña industria en la Gran Bretaña.

Según mis noticias, no hay en este país estadística alguna respecto al número exacto de trabajadores ocupados en las industrias domésticas, rurales y pequeñas en general. El asunto, en todas sus partes, no ha merecido nunca la atención que se le presta en Alemania, y especialmente en Rusia, y, sin embargo, bien se pudiera asegurar que, aun en este país de las grandes industrias, el número de aquellos que se ganan la vida en la pequeña, es más que probable que iguale, cuando no aventaje, al de los empleados en las fábricas (1).

De todos modos, hay una cosa que sabemos con seguridad, y es que los suburbios de Londres, Glasgow y

(1) Hallamos consignado en varias obras económicas, que hay, sólo en Inglaterra, un millón de trabajadores empleados en las grandes fábricas, y 1.047.000 en la pequeña industria, hallándose incluidas en esta última las varias relacionadas con la alimentación (panaderos, carniceros, etc.) y la construcción de edificios; pero no sé hasta qué punto se puede confiar en estos datos.

otras grandes ciudades, están cubiertos de pequeños talleres; y hay regiones en donde la pequeña industria está tan desarrollada como en Suiza y Alemania, y de ello Sheffield es un buen ejemplo; la cuchillería de Sheffield—una de las glorias de Inglaterra—no se hace á máquina; se efectúa principalmente á mano.

Hay allí algunas, aunque pocas fábricas, que lo hacen todo, desde el acero mismo hasta el cuchillo ó la herramienta concluída, y tienen brazos á jornal; pero, aun esas, según los informes que bondadosamente reunió para mí Edward Carpenter, dan fuera una parte del trabajo á los pequeños industriales. Pero la mayor parte de los cuchilleros trabajan en sus casas con sus familias ó en pequeños talleres, con ayuda de un torno mecánico que alquilan por algunos chelines á la semana: muchos terrenos están cubiertos de edificios, subdivididos en infinidad de pequeños talleres, algunos de los cuales sólo ocupan algunas yardas cuadradas, y en ellos ví á herreros machacando todo el día hojas de cuchillo sobre un pequeño yunque, colocado próximo á la fragua; algunas veces, el herrero tiene un machacante ó dos. En los pisos superiores hay también numerosos talleres provistos de tornos, y en cada uno de ellos tres, cuatro ó cinco oficiales y un «maestro» fabrican algunas veces, con ayuda de algunas máquinas de poca importancia, toda clase de utensilios: limas, sierras, hojas de cuchillos, navajas de afeitar, y así sucesivamente. El filo y el pulimento se dan también en pequeños talleres, y hasta se funde el acero en otros igualmente reducidos, cuyo personal no pasa de cinco ó seis hombres.

Cuando recorría estos talleres, me creía fácilmente transportado á una población rusa de esta misma industria, como Paulavo ó Vorsma. La cuchillería ha mantenido, pues, su antigua organización, siendo el hecho

tanto más de notar, cuanto que lo que ganan los cuchilleros es poco, por lo general; pero, así y todo, ellos prefieren vegetar de esa manera, á entrar á ganar un jornal en una fábrica; el espíritu de las antiguas organizaciones industriales, de que tanto se habló hace veinticinco años, se ve, pues, que vive todavía.

Hasta hace poco, Leeds y sus alrededores eran el asiento de extensas industrias domésticas. Cuando Edward Baines escribió en 1857 su primera relación de las industrias del condado de York (*Yorkshire Past and Present*, de Ih. Baines) la mayor parte de la lana tejida en aquella región se hacía á mano (1). Dos veces á la semana las telas tejidas á mano se traían al local destinado para su venta, donde las compraban los comerciantes para arreglarlas y darles la última mano en sus fábricas; y aunque había filaturas montadas por varios industriales asociados, para preparar é hilar la lana, ésta se tejía á mano por los mismos y sus familias. Doce años después, el telar de mano era reemplazado en mucha parte por el mecánico; pero estos industriales, deseosos de mantener su independencia, acudieron á una organización particular: alquilaron un local ó parte de él, y algunas veces un telar mecánico en un taller, y trabajaron independientemente: organización característica, sostenida en parte hasta nuestros días, y muy á propósito para ilustrar el esfuerzo de los pequeños industriales por mantener su independencia, á pesar de la competencia de la fábrica.

Y hay que advertir que los triunfos de las fábricas se obtuvieron sólo por medio de las más fraudulentas adul-

(1) Cerca de la mitad de los 43.000 operarios empleados en aquella época en la industria lanera de este país, tejían en telares de mano, así como una quinta parte de las 79.000 personas ocupadas en las estambreras.

teraciones y lo mal que se pagaba á los niños. La urdimbre de algodón vino á ser cosa corriente en telas llamadas de «lana pura», y la cardada de trapos viejos recogidos en todo el continente, y que antes sólo se empleaba en mantas fabricadas para India y América, llegó á hacerse de uso general. En esta clase de géneros, la ventaja era de la máquina, y, sin embargo, hay ramas de la industria lanera donde el tejido á mano es todavía lo general, especialmente en los géneros de lujo, que continuamente reclaman nuevas adaptaciones para los pedidos de momento. De este modo, y sin remontarnos más allá de 1881, los telares de mano de Leeds estaban bastante ocupados con la fabricación de lanas imitando piel de foca.

La variedad de industrias domésticas establecidas en el distrito del Lago es mucho mayor de lo que pudiera esperarse; pero aún no han sido exploradas detenida y cuidadosamente. Yo me limito á mencionar los que hacen las anillas, la industria de las banastas, los braseros para carbón de caña, los constructores de brocas, las pequeñas hornillas de hierro, que queman carbón vegetal en Backoarruw, y así sucesivamente (1). No conocemos en su totalidad la pequeña industria de este país, y por eso nos encontramos algunas veces con hechos completamente inesperados. Pocos de los escritores del continente que se ocupan de asuntos industriales, podrían, en verdad, imaginar que todavía se hacen clavos á mano por miles de hombres, mujeres y niños en el Black Country del Sur del condado de Stafford, así como en el de Derby (2), ó que las mejores agujas son el producto

(1) Notas de E. Roscoe en el *English Illustrated Magazine*, Mayo, 1884.

(2) *Guide to English Industries*, por Bevan.

del trabajo manual en Redditch. También se hacen cadenas á mano en Dudley y Cradley, y aunque la prensa se ve impulsada á hablar periódicamente de la deplorable condición de los hombres y mujeres que trabajan en esta industria, se sigue sosteniendo, y, mientras tanto, cerca de 7.000 hombres trabajan sin descanso en sus pequeños talleres de Walsall, Walverhampton y Willenhall, en la construcción de cerraduras, aun de las clases más inferiores. Y los varios artículos de hierro que se necesitan para el equipo del caballo, tales como bocados, espuelas, barbadas, etc., se hacen también á mano en Walsall.

Las industrias de armas de fuego de Birmingham, que también se hallan comprendidas en el dominio de las pequeñas, son bien conocidas. Y en cuanto á las varias ramas en que se divide la industria del vestido, hay importantes regiones del Reino Unido, donde una variedad de industrias domésticas, relacionadas con ella, se hallan establecidas en gran escala. Me contentaré, sin embargo, con referirme á las industrias de aldea, de Irlanda, como también á algunas de las que han sobrevivido en los condados de Buckingham, Oxford y Bedford; la industria de medias es muy común en los pueblos pequeños de los condados de Nottingham y Derby, y muchas firmas de Londres mandan telas, para que hagan vestidos, á los pueblecitos de los condados de Sussex y Hamp.

La industria de las medias de lana es muy común en los de Leicester, y especialmente en Escocia, y la de sombreros y objetos de paja, en mucha parte del país; en tanto que, en Northampton, Leicester, Ipswich y Stafford, la industria del calzado fue, hasta hace poco, una ocupación doméstica muy extendida, por lo general, en pequeños talleres; todavía, en Norwich, persiste algo